

# Los Bañales

## El redescubrimiento de una ciudad romana



Corría el año 1212 cuando el rey de Aragón Pedro III escribía una carta a una nueva comunidad del Císter que proyectaba instalar en Sádaba (Zaragoza) un nuevo cenobio y, en ella –hoy en colección particular– les hablaba de unas propiedades suyas en la partida de Los Bañales que podrían venirles bien para hacer acopio de piedra para su nueva fundación. Para entonces, Los Bañales –que había sido una próspera ciudad romana entre el siglo II a. C. y el siglo III d. C. y que había mantenido población, incluso, hasta el siglo VIII d. C.– era ya sólo un recuerdo del importante centro urbano y comercial que fue en los siglos de la presencia de Roma en la Península Ibérica. Abandonado a su suerte como cantera a cielo abierto durante siglos, sólo con el Renacimiento, primero, y con las campañas arqueológicas de los años cuarenta y setenta del pasado siglo XX –a cargo de José Galiay y de Antonio Beltrán– este importante enclave arqueológico comenzó a recuperarse para la investigación. En los últimos años, un ambicioso proyecto liderado por la Fundación Uncastillo, ha devuelto el yacimiento al circuito investigador al tiempo que los sensacionales hallazgos en él producidos –que incluyen estatuas, inscripciones y decenas de miles de fragmentos de la vida cotidiana de hace 2.000 años– han vuelto a señalarlo en el mapa como lo que en su día fue: una de las más espléndidas ciudades hispanorromanas del Norte Peninsular. Esta muestra es un recorrido bibliográfico e historiográfico sobre el proceso de redescubrimiento de este enclave y una llamada de atención de la importancia histórica y arqueológica de aquél.

## Los Bañales y la vida cotidiana de hace 2.000 años

Los restos de la ciudad romana de Los Bañales se ubican en el término municipal de Uncastillo (Zaragoza), en la aragonesa Comarca de las Cinco Villas, apenas a una hora de coche de Pamplona. De hecho, el enclave floreció como importante parada viaria en la vía que enlazaba *Caesaraugusta* –fundada por Augusto en el año 15 a. C.– con *Pompelo* –fundada por Pompeyo en la década de los 70 del siglo I a. C.– y ambas ciudades con el Cantábrico y con los pasos central y occidental del Pirineo. Extraordinariamente monumentalizada entre la época de Augusto y los comienzos del siglo II d. C. –el fragmento de estatua imperial con escena de trofeo militar que puede verse en la muestra es sólo un ejemplo de ello– la ciudad sufrió una aguda crisis de sostenibilidad a partir de finales de la segunda centuria de nuestra Era padeciendo a partir de entonces, y hasta el siglo VIII, abandonos y reocupaciones sucesivas, especialmente de su parte alta. Durante la época dorada de la vida municipal en las Hispanias la ciudad, en su parte baja, contó con un monumental foro, unas termas públicas, espacios comerciales y artesanales, un acueducto y una presa de abastecimiento de agua, un perdido arco de triunfo y viviendas que están aportando notables restos arqueológicos tanto de carácter monumental –en especial trece inscripciones erigidas entre la época de Augusto y la de Trajano algunas descubiertas *in situ*– como de carácter cotidiano. Entre estas últimas destacan materiales óseos de una floreciente industria del hueso –con la que se fabricaron en la ciudad agujas de costura y de peinado, punzones, fichas para juego o elementos de mobiliario– o piezas cerámicas que, bien con engobes bien con un característico barniz rojo constituyeron la vajilla cotidiana de las mesas de sus moradores durante los cinco siglos de esplendor de la ciudad cuyo nombre, sin embargo, aun nos es esquivo y no ha podido constatar. Las vitrinas centrales de la muestra subrayan de qué modo los pequeños objetos –un aplique de jarrita en bronce, una impronta de moneda en positivo sobre un fragmento cerámico recortado luego como ficha de juego o una cabecita de una figura de terracota– nos permiten a los hombres del siglo XXI aproximarnos a costumbres y preocupaciones de quienes nos precedieron hace casi veinte siglos.

## Los Bañales: de “piedras” olvidadas a “piedras” para ser estudiadas

Pero lo más fascinante de la investigación arqueológica es, sin duda, reflexionar sobre cómo es posible que una ciudad que contó con estatuas de bronce y de mármol de muy diversas procedencias, que estuvo abierta a los influjos políticos y económicos de Roma y que ocupó casi veinte hectáreas de terreno –acaso dando cobijo a cerca de 2.000 personas– se esfumó del recuerdo colectivo y sólo la preocupación histórica ha sabido recuperar lo que de ella nos ha quedado. La historia de ese redescubrimiento comenzó en el siglo XVII cuando el viajero portugués Juan Bautista Labaña se acercó a la zona para tomar coordenadas para un mapa que la Corona de Aragón le había encargado. Él, atraído por lo que, algunos años antes, el erudito zaragozano Jerónimo Zurita, había escrito sobre algunos de los monumentos funerarios del territorio de la ciudad –que para el siglo XV se conservaban en pie– anotó el valor de aquellos monumentos y a partir de él fueron la Academia de la Historia, primero, y la Academia Alemana de las Ciencias, después, los que se hicieron cargo de la importancia, sobre todo, del repertorio de inscripciones que, repartidas por los vecinos pueblos de Uncastillo, Layana y Sádaba eran reflejo de la grandeza de aquel enclave. La inclusión de Los Bañales en el volumen segundo –las *Inscriptiones Hispaniae Latinae*– del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, la primera gran recopilación de inscripciones liderada, para las provincias hispanas, por el

alemán Emile Hübner, constituyó el primer hito en ese redescubrimiento. Hasta entonces, sólo la advocación a Nuestra Señora de Los Bañales –muy “milagrera” en cuestión de aguas y que habría surgido en época altomedieval para “cristianizar” el espacio de la ciudad romana– había llamado la atención de la erudición de los siglos XVII y XVIII como algunos volúmenes expuestos en la muestra –de Alberto Faci o de Diego de Murillo– contribuyen a ilustrar.

Fue la inclusión de Los Bañales en el célebre diccionario geográfico de José Madoz y, casi a la vez, su presencia en el monumental *Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España*, redactado por José Ceán Bermúdez en 1832 y la creación de las Comisiones de Monumentos y, en particular, de la Comisaria de Excavaciones Arqueológicas las que acabarían por estimular el primer gran proyecto investigador en el lugar liderado por el médico aragonés José Galiay que trabajó en Los Bañales a partir de 1944 y que publicó dos importantes volúmenes resultado de sus trabajos de excavación en las termas y el foro de la ciudad y de prospección en áreas del entorno de la denominada Val de Bañales el nombre que, desde la documentación medieval, ha ocultado el que la ciudad tuvo en los siglos de presencia romana en la Península. Tras el impulso de José Galiay, Los Bañales se hicieron hueco en los fascículos correspondientes a Aragón del *Catálogo Monumental de España*, firmados por Francisco Abbad en la década de los cincuenta del siglo XX. Pero no sería hasta el año 1972 en que, hacia el mes de Marzo, un prehistoriador de Sariñena (Huesca), fijaría su atención en Los Bañales. Se trató de Antonio Beltrán, acaso uno de los grandes investigadores del pasado siglo.

### **Creando escuela: el impulso de Antonio Beltrán a Los Bañales**

Pionero, como fue, en todo, Antonio Beltrán no sólo estudió los restos romanos de la ciudad publicando sus termas y su singular acueducto sino que, además, generó a su alrededor una escuela de discípulos y de investigadores que realizaron trabajos sobre Los Bañales desde, prácticamente, todos los puntos de vista posibles en la aun entonces titubeante disciplina arqueológica: el epigráfico –recopilando las inscripciones de la zona en el momento en que se puso de moda la edición de *corpora* epigráficos provinciales–, el arqueológico –incluyendo Los Bañales en los inventarios regionales y en los atlas al uso sobre patrimonio arqueológico– o el histórico-social –analizando Los Bañales, también, en clave de la, entonces en boga, historiografía marxista–. El resultado de los años de trabajo de Antonio Beltrán –que se prolongaron hasta 1979– fue no sólo un amplio elenco de publicaciones firmadas por él mismo o por nombres como los de Guillermo Fatás, Francisco Beltrán, Joaquín Lostal, Miguel Cisneros... sino la presencia de Los Bañales en obras de referencia del momento tanto de carácter general –como la *Historia de España* coordinada por Ramón Menéndez Pidal– como de temática más estrictamente arqueológica como los *Acueductos Romanos en España*, de Carlos Fernández Casado en los que figuró, también, el sensacional acueducto con que contó la ciudad romana y que, en parte aun en pie, sigue siendo todo un icono del yacimiento arqueológico.

Pese al “abandono” que padecieron Los Bañales tras los trabajos de Antonio Beltrán fue tal el impulso que éste dio al yacimiento que la ciudad romana siguió interesando durante los años ochenta y noventa aun cuando no se desarrollaron, prácticamente durante las dos décadas, trabajos arqueológicos de ningún tipo en el lugar. María Peréx, en su ilustre trabajo *Los Vascones: el poblamiento en época romana*, reflexionó sobre

su nombre, se incluyó como yacimiento en la hoja correspondiente al distrito de *Caesar Augusta* en la *Tabula Imperii Romani* y lo que sobre sus ruinas se dijo se repitió hasta la saciedad en catálogos y publicaciones diversas algunas, incluso, muy recientes. La publicación, por Miguel Ángel Zapater, de un pequeño opúsculo, de escasa difusión, consagrado al estudio de los restos volvió a poner de manifiesto no sólo su valor sino, también, el triste estado de olvido en que éstos vivieron hasta el año 2008.

### **Los Bañales, hoy**

Fue en ese año en que el equipo dirigido por Javier Andreu se hizo cargo de Los Bañales iniciando una labor investigadora que, además de haber estado premiada por notables hallazgos arqueológicos, ha sido capaz de generar un volumen de información que, sin duda, ha convertido el proyecto que se lleva a cabo en el lugar en un referente nacional en gestión –patrimonial e investigadora– de un yacimiento arqueológico. La edición de una guía ilustrada para el viajero, la puesta en marcha de una serie de monografías sobre el lugar –resultado de coloquios y citas de discusión– y, sobre todo, la publicación, en 2011, del libro *La ciudad romana de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza): entre la historia, la arqueología y la historiografía* –editada por la Cátedra Galiay de la Institución Fernando el Católico de Zaragoza– dan muestra de ello de igual modo que los artículos en los que se han publicado de modo exhaustivo desde grandes materiales –como la estatua thoracata de Domiciano antes referida parte de la cuál puede verse en la exposición– hasta piezas menores que, pese a su tamaño, siguen regalándonos un fragmento de Roma. Pues eso, una imagen en miniatura de la propia Roma, fue, hace 2.000 años, la ciudad romana de Los Bañales.

[www.losbanales.es](http://www.losbanales.es)